

## Uso elusivo y función satírica de apodos

*Manuel Dannemann*

“Más de una vez nos hemos referido al sentido del humor, que es inherente a nuestra idiosincrasia; pero donde él se manifiesta con más evidencia es en el apodo, casi siempre hiperbólico, que brota como flor de ingenio sobre el suelo fértil de una nota caricaturesca”.

RABANALES.

El empleo de los apodos alcanza una fuerte y notable penetración comunicativa en el plano afectivo del lenguaje. Muy a menudo, en el trato coloquial, los sobrenombres sustituyen a los nombres de personas, generando marcadas interrelaciones de aglutinación e identidad entre los miembros del grupo que los ha incorporado a su repertorio cultural.

Mis trabajos etnológicos me han llevado a observar y examinar la función de los apodos en localidades urbanas y rurales de nuestro país, y en una de ellas, formada por pequeños propietarios agrícolas, la de San José, Comuna de Algarrobo, Provincia de San Antonio, V Región, es donde con mayor frecuencia e intensidad he comprobado, hasta ahora, el uso elusivo de los apodos con finalidades satíricas, como se procurará explicar a través de esta contribución al homenaje científico dedicado al Dr. Rabanales, lo que quizás se deba al prolongado conocimiento directo que tengo de las formas de vida de dicho lugar, acrecentado el último tiempo por un proyecto antropológico sobre hábitos de lectura, que efectúo en colaboración con las bibliotecólogas de la Biblioteca Central del Campus Oriente, Luz María Fuchslocher y Ximena Sánchez, gracias al patrocinio del Servicio de Desarrollo Científico, Artístico y de Cooperación Internacional de la Universidad de Chile.

La mencionada área geográfico-humana de San José acusa un poblamiento hispánico temprano, que podría remontarse al siglo XVI (Smole). En la actualidad, según indagaciones censales que he realizado, tiene unos 1.500 habitantes.

Sus centros de confluencia pública están constituidos por tres templos religiosos cristianos, uno de ellos católico y, a su vez, el con menor actividad; por dos escuelas de enseñanza básica, una fiscal y la otra particular católica; por una posta de primeros auxilios, por un recinto para deportes ecuestres y una cancha de fútbol, por dos locales comerciales de venta de comestibles y por un expendio de bebidas alcohólicas. Este último, siempre concurrido en horas vespertinas y nocturnas, principalmente los fines de semana y los días festivos, es el medio más propicio para apreciar el uso espontáneo y común de los apodos del grupo estudiado, descollando también para este propósito las reuniones festivas de parientes y vecinos en alguna de sus casas, y las faenas agrarias colectivas.

Su precaria economía, eminentemente de subsistencia, ha sufrido paulatinos deterioros, muy ostensibles a partir de comienzos de la segunda mitad de este siglo, a causa de una creciente subdivisión de los predios, transformados así en minifundios de escasa productividad la mayor parte de ellos; de una acelerada erosión de las tierras de lomajes, de la disminución de las aguas lluvias, de las gravosas condiciones para lograr renovación de semillas y adquirir fertilizantes, de una difícil y magra comercialización de las cosechas, y de un excesivo obstinado mantenimiento de cultivos de baja rentabilidad, agudizado por una débil y esporádica asesoría técnica agropecuaria.

Por razones de la estrategia inicial del asentamiento español, la mayoría de las viviendas está dispersa y muchas en cierta medida aisladas, ya que para construirlas, los poseedores de las hijuelas de aquel entonces buscaron las cercanías de las vertientes y de los esteros, que no abundan en San José, en relación con la existencia de los terrenos planos, fértiles, asimismo reducidos en su número y en su extensión, y muy diseminados entre quebradas, estableciéndose así una distribución de la tierra que impidió la organización de núcleos aldeanos. Y aunque el inexorable correr de los años, los terremotos, los incendios, y, en épocas recientes, el afán de innovación, hayan desmoronado casi todas las viejas casas, las que vinieron a reemplazarlas se levantan en los mismos sitios, por los motivos ya señalados, en circunstancias de que la realidad socioeconómica local no muestra aún recursos para empezar una urbanización a cort plazo, por incipiente que fuese.

Desde ellas se cuida y se contempla el desenvolvimiento del ciclo anual, en algunos casos agrupadas de a dos o de a tres, especialmente por conveniencias familiares de vinculación de padres con hijo casados, y cada una es la unidad representativa de un micro-sistema de vida, que intenta salvaguardar su autonomía, incentivado por su propio emplazamiento territorial, y también por tendencias psíquicas a una cautela defensiva y a un marcado individualismo, por parte de los jefes de familia; lo segundo, a mi entender, presuntamente, como una continuidad de características anímicas de sus ancestros étnico-sociales; todo lo cual obstaculiza la convivencia abierta y sostenida de los miembros del grupo que puebla San José, y cuya identidad verdaderamente comunitaria se exterioriza del modo más amplio y expansivo en tres oportunidades de efectiva coparticipación:

1. Durante los ceremoniales funerarios, sujetos a valores y normas de muy antiguas tradiciones culturales.

2. En la celebración de las *misiones*, una serie de actos católicos que se hacen una vez al año, en el curso de una semana del mes de marzo, con el auspicio de la jerarquía eclesiástica de la correspondiente diócesis, bajo la dirección de sacerdotes visitantes, para reactivar la fe de los pequeños agricultores, quienes comparten su actitud espiritual receptiva transitoria con el alegre esparcimiento del reencuentro de amigos y parientes, estimulado por el consumo de comidas y de bebidas alcohólicas, en las fondas que se instalan a las orillas del camino real, y donde el vino se sirve en tazas de loza: el blanco como si fuera té, y el tinto, como café, dada la prohibición oficial de su venta, en un alarde de simulación, a sabiendas de que esta suerte de clandestinidad no pasa desapercibida para nadie, tolerándose la encubierta en virtud de un tácito acuerdo de evitar conflictos que romperían la obligatoria tranquilidad de las *misiones*.

3. Y la tercera ocasión se produce también una vez al año, un sábado y domingo seguidos del mes de noviembre, a instancias del *rodeo*, el deporte ecuestre nacional por excelencia, que puede resumirse como una competencia entre parejas de jinetes, que tratan, una cada vez, de atajar con sus caballos, alternándose sus integrantes para ello, un novillo en carrera, en sectores prefijados de su área de acción, conocida como *medialuna*, junto a la cual está un local denominado *casino*, donde bailan, comen y beben los competidores y espectadores.

Entre estos extremos de tensión y de distensión, que, con mayor o menor magnitud, son inherentes a todos los grupos humanos, y que cobran peculiar énfasis en la realidad histórico-cultural del

que es objeto del presente estudio —específicamente, entre la situación de reserva y contención de un microsistema en San José, amurallado y restringido psíquicamente en su reducto socio-espacial, frente a los otros de su misma naturaleza, y la situación de apertura comunicativa recíproca y de identificación comunitaria de tales microsistemas, concernientes a la concepción y manejo de la cultura, si bien ésta se halla trasuntada por un repertorio básico de bienes de uso de todos los microsistemas—, surgen situaciones cuyos comportamientos, aunque alejándose de las posiciones extremas antes descritas, conservan rasgos de ellas, produciéndose una bivalencia de la cual el empleo del apodo elusivo sería una demostración; vale decir, que la práctica de esta clase de apodos, si por una parte, como cualquiera otra, abre o intensifica un circuito de comunicación, cohesionando miembros de un grupo y los incorpora a una manifiesta dimensión comunitaria; por la otra, cumple estas funciones perifrásicamente, omitiendo la mención del apodo mismo, que podría ser ofensiva para la persona a quien éste pertenece, como se ejemplifica a continuación.

En el ya citado expendio de bebidas alcohólicas de San José conversan varios amigos, entre los cuales se encuentra uno apodado EL MANZANO y otro, EL PENECA, por el nombre de una revista para niños que hace varios años dejó de publicarse. En un momento de la conversación, el primero se dirige al segundo de esta manera:

“Al Enrique le gusta leer mucho unos papeles con hartos monitos...”

A lo que éste replica: “Los papeles son buenos para que los pajaritos no se coman las frutas; no ve que se mueven y hacen ruido...”

La elusión de los sobrenombres implica, forzosamente, para la percepción y función de ellos, la concurrencia de indicadores alusivos a una caracterización primaria del referente del sustituyente del nombre, que denota la sagacidad, ingenio y rapidez mental de las personas que instrumentalizan procedimientos elusivos.

En el caso referido, como se colige fácilmente, el primer interlocutor utilizó el indicador ‘papeles para revista’ y ‘monitos’, para las profusas ilustraciones con que *El Peneca* aparecía; a su vez, el segundo se valió de los indicadores ‘pajaritos’ y ‘frutas’ (comidas por ellos), para sugerir propiedades de un árbol.

Es el apodo, entonces, un tipo de convención nominativa ceptado y establecido a través de un consenso comunitario, libre y recreador, y por medio del cual se obtienen diferentes grados de desplazamiento

to de la convención nominativa de individualización amparada por preceptos legales de identificación de las personas.

La primera, que concierne al sobrenombre, interrelaciona, predominantemente, los miembros del grupo que la emplean, por lo cual podría decirse que su acción se inclina a la horizontalidad social; la segunda, correspondiente al nombre, más bien distingue entre í a los componentes de un grupo, tendiendo al verticalismo social.

De mis observaciones etnográficas del apodo en la microsociedad de San José, se desprenden la descripción y la caracterización que paso a exponer de él, y que inciden en el procedimiento de la elusión que suele aplicársele. Ellas están basadas en testimonios orales directos de mis informantes, sea provenientes de reuniones organizadas para el acopio de nociones y explicaciones, o de oportunidades surgidas accidentalmente sólo durante las cuales es factible percatarse de la vida cultural del apodo en su contexto.

#### NOMENCLATURA

Todos mis informantes concuerdan al referirse a la terminología utilizada para designar el objeto-materia de este estudio, como puede sintetizarse en la afirmación de uno de ellos, Ramón Lagos: "Lo más que se usa aquí en este San José es sobrenombre, no apodo".

En cuanto a diferencias de significado entre uno y otro vocablo, pocas son las personas que las hallan, circunscribiéndolas a la intención del contenido y añadiendo las concernientes al origen, en circunstancias de que hay escasos apodos en el citado lugar, según la peculiarización de éstos por sus usuarios.

#### CONCEPTO

Mi informante Fernando Fuentes expresa: "El apodo molesta a la persona y el sobrenombre no molesta". En efecto, quienes distinguen el uno del otro atribuyen al primero una connotación de burla, que disgusta a la persona a la cual se le asigna y que únicamente recae en ella, derivado de cualquier hecho de su existencia, como acontece con un miembro de la familia cuyos integrantes tienen el sobrenombre genérico de LOS TIUQUES, apodado EL CUTIPA, a causa

de un fuerte constipado que sufrió, enfermedad de cuyo nombre, alterado fonéticamente, emanó la forma del apodo en referencia.

En cambio, el sobrenombre no incomodaría a sus portadores y abarcaría todo un núcleo familiar, primordialmente al que llamaré tronco del sobrenombre y a sus descendientes directos, lo que puede extenderse a varias generaciones. Así ocurre con LOS QUILOS, de cuyo abuelo les viene este sobrenombre, “del verdadero QUILO”, según mi informante Alamiro Romero, poniendo su acento explicativo en una antigua aparición del antecedente y relacionándolo con sus consecuentes.

En San José se comprueba que, en especial, del apodo del varón soltero, coexistente con el sobrenombre de familia, y una vez que él se casa, puede gestarse el sobrenombre que sustituirá el antes compartido con otros parientes, y que se propagará a través de los hijos del causante, empezando así un nuevo ciclo nominativo. De ahí que tanto el nacimiento de los apodos como el de los sobrenombres puede ser originalmente de la misma clase, al igual que los unos y los otros pueden ser reprobados o no por sus poseedores. En consecuencia, sólo será válida la ya citada opinión de Fernando Fuentes para los casos en que los sobrenombres halaguen o en absoluto perturben a sus portadores, y parcialmente en la medida en que un sobrenombre el cual desagradara a todos o algunos de los miembros de un grupo familiar llegase a ser más tolerable para los descendientes de aquel a quien se le aplicó primero, por la razón de no haber sido ellos, en términos directos, quienes lo ocasionaron; aunque bien puede un hijo sentir una doble vergüenza al percatarse de que es su padre el centro de expansión de un sobrenombre que marca a los componentes de la familia.

#### ORIGEN

De acuerdo con la delimitación local dada a este estudio y con el carácter explícito de muchos de los testimonios de mis informantes, recurriré a dos de ellos para ilustrar este rubro, sin que sea necesario añadir comentarios para la buena comprensión de él.

Según Esteban Pérez, “a algunas personas les pasan casos y les ponen por eso sobrenombres”.

Para Ramón Lagos, “PERDIZ, PERDICES, siempre fue entre e os finados, que en paz descansen; porque cuando ellos se casaron, todo lo que le decían a la esposa era ‘Oiga mi hija, mañana vamo

a buscar una perdiz, o dos perdices, o tres perdices, para una cazuela'. Porque eran viejos que disparaban, no con las escopetas, los instrumentos que hay hoy día, ah, sino con escopetas de chimenea, la escopeta antigua, de fulminante, fulminante chico. Entonces ellos iban a buscar la cazuela de perdices. Y por eso creo que desde el finado de mi bisabuelo ya tomaron ese nombre”.

Y el mismo agrega este otro ejemplo: “A él le dicen EL GREDA, por el papá, porque creo que para preparar la chicha, para que diera más color, le echaba un poquito de jugo de greda...”

#### MORFOSINTAXIS

El apodo en San José —sea para sus usuarios apodo o sobrenombre— funciona como sustantivo, muy excepcionalmente con complementación de calificativos, por lo que pertenece a la categoría de los antropónimos.

Cuando se trata del sobrenombre, según la ya indicada diferenciación que se hace en San José, a menudo su empleo es en plural, cubriendo familias; a la inversa de la singularidad del apodo, como ya se planteara. Y es ostensible el gran predominio del género masculino respecto de la elección del primero, como se nota en la lista que aparece al final de este artículo, a mi entender debido a que la mujer del área geográfico-humana de esta investigación tiene muy pocas oportunidades para reunirse públicamente con autonomía de sexo, y cuando lo hace, como sería para el *rodeo* o las *misiones*, antes señalados, si es soltera, queda sujeta a la potestad de sus padres o a la de otros parientes, y, en ausencia de ellos, a las normas sociales que rigen tradicionalmente su condición, y si es casada, debe supeditarse a las iniciativas y criterios de su marido.

Esta tendencia al género masculino del sobrenombre se vigoriza cuando se alude a más de un integrante de un núcleo familiar: LOS CORONAS, LOS LOICAS, LOS PERDICES, optándose resueltamente por reproducir en esta clase de convención nominativa la representatividad elemental de los machos de la fauna local.

Valga como ejemplo del uso de sobrenombres en relación con su morfología, la siguiente narración de mi informante Marcelo Morales:

“Una vez habíamos varios en un partido de rayuela y nos estábamos comiendo unos pollos al jugo, y ahí fue una de sobrenombres”.

“¡Ayayay!, decían unos, estos no son pollos, estos son CHANCHOS; están ricos LOS CHANCHOS preparados. Por decirme a mí. Y yo les dije que no eran CHANCHOS, que eran LEONES, porque había un cuñado mío que le dicen EL LEÓN”.

“¿Pero en qué los prepararon? . Sería en algunas BACINICAS. ¿No ve que estaban unos que les dicen así? Y como estaba otro cuñado, otros decían que no eran pollos, que eran PERDICES. Y así se formó una de sobrenombres...”.

#### TIPOLOGÍA

En esta síntesis tipológica fundamental me limitaré al sobrenombre en su sentido estricto, como lo entienden sus usuarios de San José.

De la manera más amplia, cabe distinguir el de comunicación no verbal y el de comunicación verbal.

El primero de ellos, de muy escaso empleo, se exterioriza a través de objetos o animales, que representan parcial o totalmente el contenido semántico del sobrenombre, como sucediera con dos amigos ampliamente conocidos como PERDIZ, el uno, por pertenecer al grupo familiar de LOS PERDICES, y como PLANCHA, el otro, a causa del gran tamaño de sus pies, comparados con los antiguos artefactos que llevaban brasas en su interior para planchar la ropa, y quienes, con motivo de una celebración de sus respectivos onomásticos, se intercambiaron como obsequios, una de estas aves y uno de estos utensilios domésticos.

El de comunicación verbal, a su vez, se subdivide en alusivo y en elusivo, pudiendo ser el primero, directo o indirecto.

El alusivo directo constituye una mención expresa, en línea recta, a una o más personas, presentes o ausentes, ejemplificable con lo efectuado por mi informante Marcelo Morales a dos amigos de él, que ignoraban, mutuamente, poseer el mismo sobrenombre, y a quienes, durante una reunión festiva, les pidió “que se pasaran la mano para darlos a conocer”, y que cuando así lo hicieron y se quedaron “mirando de frente a frente”, les dijo: “Han visto este caso, que dos CARNEROS se estén dando la mano?”.

El alusivo indirecto implica, también, el empleo expreso de una fórmula nominativa, pero envuelta en un circunloquio, apoyándose en algún objeto, en alguna conducta o en alguna situación, que muevan a sentir el impacto del sobrenombre por parte de su asig-

natario, como se colige del siguiente relato de mi informante Ramón Lagos, que contribuirá a aumentar la comprensión de este recurso en su contexto cultural y social, con la aclaración de que los sobrenombres son: PAPAS, VERIJAS, MACHETES y JOTES, y que competen, respectivamente, por orden de aparición, a cada una de las personas inmiscuidas, cuyos nombres omitió deliberadamente el relator, porque quiso poner a prueba mis conocimientos sobre esta clase de convención nominativa, a sabiendas de que me hallaba realizando un trabajo de investigación acerca de ella.

“Bueno, una noche llegó un amigo mío, allá a mi casa, o sea, dos a la vez. Que uno de ellos era un finado, que en paz descansa, que Ud. lo conoció mucho, y ahí entre ellos, los dos, empezaron a freír papas y hacer cosas raras. Uno dijo que parecían VERIJAS, y el otro le dijo que con PAPAS FRITAS también eran buenas. Ya. Y yo, por intruso y metete, pregunté de qué se trataba. ‘¿Y dónde hay un cuchillo grande de esos que llaman MACHETES, para pelar PAPAS?’, me contestó uno”.

“En ese momento que estamos nosotros sirviéndonos un trago porque ellos llegaron con una garrafa, ¡no llega su abuelito! —dirigiéndose a uno de los presentes—. Ahí se hizo más el banquete. Ahí habían PAPAS, habían VERIJAS para asados, y a última hora empezaron a llegar LOS JOTES”.

La utilización del sobrenombre de comunicación verbal, alusivo directo, es siempre intencional, porque su emisor conoce y maneja la relación establecida entre este procedimiento denominador y la persona denominada, y desea que a ésta le llegue su mensaje sin barreras de ninguna especie, como se infiere de la siguiente anécdota local.

Encontrábase en el expendio de bebidas alcohólicas de San José, un componente de la familia de los llamados JOTES, y cuando entraron a ese recinto el propietario de la hijuela Las Alcaparras y un mediero de él, los recibió con este saludo versificado:

“Llegaron los *alcaparrinos*  
cargados con sus horquetas,  
llegan a estirar la jeta  
de ganas de tomar vino”.

La respuesta del primero de los afectados se centró en la alusión directa e intencional al sobrenombre del provocador:

“Aquí se escondía un JOTE,  
con su sombrero puntudo,  
tomando vino en embudo  
y chorreándose el cogote”.

En cambio, el de comunicación verbal, alusivo indirecto, ora es intencional, ora, inintencional. En cuanto al primero de ellos, para no abundar en ejemplificaciones, basta remitirse al episodio narrado por Ramón Lagos, que involucra la secuencia de cuatro sobrenombres. Y para ilustrar el segundo, recordaré la intervención de un conductor de una máquina automotriz cosechadora de cereales, quien fue invitado a una fiesta de término de faena, a la cual yo también tuve la suerte de concurrir, a una casa perteneciente a una señora, cuyo sobrenombre es BOMBILLA, lo que el maquinista ignoraba por completo. En esa ocasión se sirvió a los comensales un asado, cuyo sabroso jugo mereció sus alabanzas en los siguientes términos: “Este jugo hay que tomarlo con bombilla . . .”, causando la hilaridad de los asistentes, acrecentada por el contraste del uso espontáneo de un vocablo con el desconocimiento de su contenido como sobrenombre de la dueña de casa, quien optó por la vía del disimulo, frente a una inintencionalidad, esto es, una acción de efectos involuntarios.

Y aquí vuelvo al de comunicación verbal elusivo, al sobrenombre tácito, el de mayor complejidad de toda la tipología planteada, inequívocamente intencional, que requiere de ponderación y precisión para llegar a la cúspide de su función de ironía satírica.

Al respecto, transcribo una información más de Ramón Lagos, correspondiente a un consejo dado a un miembro de la familia de LOS PERDICES, obtenido, como todos los que he citado textualmente, mediante grabación magnetofónica con un equipo UHER 4.000 C., de propiedad del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Chile.

“Le decían en el invierno: ‘Guárdese, cúidese . . .’. Después, llegado ese momento ya que pasaba el último certamen que tenemos de caza . . . salvo. Entonces ya él podía salir ya; podía salir debajo de una mata de QUILLO”. Refiriéndose con la mención a esta especie vegetal, al sobrenombre de otra familia de San José.

Pareciera que el sobrenombre más repetido por los habitantes de la localidad estudiada es el de LA MUERTE, propio de un hombre muy estimado, que vino de otra zona y formó su familia en este lugar, y que de tanto adscribirlo al fenómeno de la desaparición física de

los seres humanos, ha adquirido dimensiones casi míticas, a juzgar por los comentarios que circulan incipientemente y que crecen al producirse un fallecimiento.

Cuando participa en reuniones de amigos, su sobrenombre aparece principalmente en alusiones directas o indirectas, que se ramifican en diversas formas del verbo 'morir' como lo he comprobado en numerosas oportunidades. En una de ellas, se lastimó una mano al cerrar una puerta del vehículo en el cual lo llevé hasta las proximidades de su casa. Al ver la sangre que salía de su herida, uno de sus mejores amigos exclamó eufóricamente: "¡Qué bueno lo que le pasó a LA MUERTE, para que se muera y nos deje tranquilos!". Lo que me hizo recordar la noción de antimuerte que fluye de cantos de ceremonias funerarias de niños no mayores de cinco años, en la cultura folklórica chilena, basada en la destrucción de la muerte como consecuencia de la alegoría de la lucha de dos muertes que se matan recíprocamente; vieja aspiración que alcanza hondo dramatismo en la magnífica imprecación del Arcipreste de Hita, contenida en su Libro de Buen Amor y motivada por la pérdida irremisible de su Trotaconventos: "¡Ay, muerte, muerte seas, bien muerta y malandante!" (Ruiz).

Pero cuando el portador de este destacado sobrenombre se encuentra ausente, en especial si hay una persona enferma de suma gravedad o ha ocurrido un reciente deceso, sin que se eliminen las alusiones predominantes en la situación de presencia antes señaladas, las insinuaciones e interpretaciones de quienes se hallan, de uno u otro modo, vinculados a estos penosos hechos, eluden la mención del sobrenombre, en la mayoría de los casos, volcándose afectivamente en el uso reiterado del apellido de este miembro del grupo local, que es Soto, casi invariablemente en la forma diminutiva que se evidencia en estos ejemplos:

"No vaya a venir *Sotito* a hacer desarreglos por aquí...".

"Anda haciendo la grande *Sotito*; ya se llevó a uno la semana pasada y ahora quiere seguir...".

Omitirlo no obedece a una cobarde o piadosa evasión de la realidad de la muerte, sino que para los pequeños agricultores de San José, acostumbrados a acatarla como lo más seguro e inevitable del ciclo de su existencia, este procedimiento elusivo es un cauce para expresar derechamente una de las posiciones de su cosmovisión: la jocosa, que prescinde de torturantes preguntas y se aleja de triviales resignaciones, sin pretender tampoco contrarrestar la gravedad de los momentos citados.

Los ejemplos empleados y las consideraciones respecto de ellos, demuestran que el juego elusivo de los sobrenombres reafirma la identidad cultural y la cohesión social de quienes lo comparten, al insinuarse, mediante él, simples y fugaces escollos para la individualización directa de una persona, los que se rompen al confrontarse una o más características encubiertas por el sobrenombre, tácitamente, con la mera referencia hecha al portador de éste por uno de los concurrentes, solucionándose así la incógnita lanzada por la elusión, de un modo comunitario.

Si el sobrenombre de índole alusiva, en cualquiera de sus tipos, involucra un propósito jocoso, que puede llegar a ser satírico en mayor o menor grado, el de carácter elusivo agudiza poderosamente dicha función satírica, porque después de un circunloquio lúdico deja en evidencia a su poseedor, centrando en éste, por lo tanto, los efectos de la hilaridad así obtenidos, con mayor penetración y mordacidad que el alusivo.

A través de una interauxiliaridad de la Antropología y de la Lingüística, esbozada en este estudio de un comportamiento comunicativo de la especificidad local de un grupo humano, se ha querido recalcar la existencia del sobrenombre de uso elusivo, por su importancia para contribuir a la comprensión de una forma de vida, a su vez objetivada en formas lingüísticas, posibles de ser ordenadas en una tipología como la que he propuesto según mis indagaciones etnográficas. Ellas contienen diversos planos semánticos, que atañen a una parte relevante del universo de la cultura de la microsociedad mencionada, e inciden en la articulación sintáctica del sistema de todas las conductas de este núcleo de pequeños propietarios agrícolas, por las relaciones que producen en su organización interna, algunas tan ostensibles como la de influir en la confluencia y diferenciación de subgrupos establecidos por razones de parentesco.

Departamento de Antropología  
UNIVERSIDAD DE CHILE  
Santiago.

## APÉNDICE

Registro de Sobrenombres de San José concernientes a esta investigación.

BACINICA	LOICA: <u><i>Pezites militaris</i></u>
BOMBILLA	MACHETE
CAPACHO	MANZANO: <u><i>Pilmus malus</i></u>
CARNERO (oveja): <u><i>Ovies aries</i></u> *	MONO (chimpancé): <u><i>Pan</i></u>
CORONA	<u><i>troglodites</i></u>
CORONTILLO: <u><i>Escallonia</i></u>	MUERTE
	<u><i>pulverulenta</i></u>
COSTAL	PAPA: <u><i>Solanum tuberosum</i></u>
CUTIPA (constipado)	PENECA (revista para niños)
CHAMIZA (leña menuda)	PERDIZ: <u><i>Nothoprocta perdicaria</i></u>
CHANCHO (cerdo): <u><i>Sus scrofa</i></u>	PLANCHA (para la ropa)
CHUCHO (chuncho): <u><i>Glaucidium</i></u>	POLLO: <u><i>Gallus domesticus</i></u>
	QUILO: <u><i>Muehlenbeckia astulata</i></u>
	<u><i>brasilianum</i></u>
CHURRASCO	RARA: <u><i>Phytotoma rara</i></u>
GATO: <u><i>Felis domesticus</i></u>	SAPO: <u><i>Pleurodema thaul</i></u>
GREDA	TIUQUE: <u><i>Milvago chimango</i></u>
JOTE: <u><i>Corogyps atratus</i></u>	VERIJA
LEÓN (puma): <u><i>Felis concolor</i></u>	ZAPALLO: <u><i>Cucurbita maxima</i></u>

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- RABANALES, Ambrosio, *Introducción al Estudio del Español de Chile*. Anejo Nº 1 del *Boletín de Filología* [Santiago] 1953, p. 85.
- RUIZ, Juan, *Libro de Buen Amor*, Editorial Castalia, Colección "Odres Nuevos", Valencia, 1954, p. 246. Texto íntegro en versión de María Brey Mariño.
- SMOLE, William, "Los Dueños-Cultivadores de Chile Central", *Informaciones Geográficas*, número único, Año XV, 1965, pp. 15-43. Órgano Oficial del Instituto de Geografía de la Universidad de Chile, Departamento Central de Filosofía y Letras, Facultad de Filosofía y Educación.

\* Los nombres científicos fueron proporcionados por Eugenio Aspíllaga, Mario González y Claudio Paredes, estudiantes avanzados del Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile.